

diente oración pidiendo al cielo larga vida de felicidades para aquellos dos seres.

Tras un instante de aterradora inmovilidad, miró á su alrededor, y al verse sola, corrió como una insensata al altar, se arrodilló en el sitio que *ellos* ocuparon, é inclinándose sobre el almohadón en que Julio había clavado sus rodillas, lo cubrió de besos y de lágrimas.

Apoderóse en seguida de la banda blanca que les había servido de *yugo* en la ceremonia, la besó con febril arrebató y se la colocó sobre los hombros con la sonrisa del ángel que hace su postrer atavío.

Aquella última emoción fué la gota que hace rebotar el vaso. Su enfermo corazón se rompió como la máquina ya gastada estalla si la lanzan á todo vapor.

Amelia exhaló de pronto un ahogado grito de dolor, llevó ambas manos al corazón, y como herida por un rayo, cayó muerta sobre el propio sitio en que se había consumado su sacrificio, envuelta en el blanco paño que á los novios abría las puertas de la dicha y á ella servía de sudario al cruzar las de la eternidad.



... á la orilla del río que mis pies humedecía había una pareja encantadora

RETROCEDER A TIEMPO

EPISODIO DE LA VIDA REAL

Yo tengo un amigo, cara lectora. Bien comprendo que esto nada te interesa; pero si has de leer la pequeña historia que contarte quiero, es menester que lo sepas. Excelente esposo de una simpática y encantadora joven, padre tierno de un pequeño ángel, es el tipo más acabado de la formalidad y la rectitud. Con su intachable conducta y severos principios se atrae

la general estimación, con su bondadoso carácter y fino trato el cariño de sus amigos; y sin embargo, este hombre ha sido un gran calavera, un loco tronera de esos que, sin más ley que sus desenfrenadas pasiones, corren ciegos á precipitarse en el abismo de todos los vicios.

Yo, como todo el mundo, admiraba al esposo de mi cariñosa amiga.

Un día llegó á mis oídos el vago rumor de faltas por mi amigo cometidas, de locas aventuras y un pasado borrascoso; rechacé tales rumores calificándolos de calumniosos; mas, á mi pesar, tuve al fin que comprender que eran ciertos.

Compadece entonces á mi pobre amiga con toda mi alma. Cuando á mi casa venía acompañando á su mujer, no podía menos de mirarlo con curiosidad; me parecía imposible tan profundo fingimiento, y mis ojos investigaban su rostro buscando en él una señal de su vida aventurera.

Él lo comprendió, y una sonrisa bondadosa entreabrió un día sus labios, mientras me decía con cariño, llevándome al otro extremo de la estancia:

— Me mira usted con curiosidad, y he comprendido el motivo; usted, que anhela estudiar en el gran libro del corazón humano, ha visto en mí un extraño tipo de hipocresía digno de examen; y yo, que deseo modifique usted la mala opinión que de mí tiene y que conozco le ha de servir de algo mi historia para los estudios á que se dedica, me voy á apresurar á contár-

sela, advirtiéndola antes, mi buena amiga, que no finjo, puesto que, completamente convertido, cifro mi dicha en la de mi esposa.

Mi alegría fué grande al oír esto.

— ¡Oh! — exclamé; — ya me figuraba que no sería cierto todo lo que decían. El que ha faltado y, arrepentido, lo deplora, merece nuestra consideración. Hable usted, amigo mío, que si su historia es tan interesante como pienso, ella me evitará el trabajo de escribir un cuento imaginario.

— Si cree usted que no la cansará la narración del extraño acontecimiento que mi conversación produjo, escúcheme usted.

Le indiqué mi complacencia, y después de tomar asiento, empezó así mi amigo su relato.

I

Hijo único de una opulenta casa, vine á Madrid con la mente llena de ilusiones y los bolsillos repletos del dorado metal que me inspiraba magníficos planes de placer para poner en ejecución en cuanto llegara á la fastuosa corte. Penetrar en la capital de España y arrojarme en brazos del desorden, á los mil extravíos de la juventud, todo fué uno. No relataré á usted mis hazañas de entonces, porque además de ser indiscreción, no me parecen dignas de la atención de usted por lo malvadas y repugnantes; bástele saber que al principio [me divertí sencillamente, más tarde deseé

embriagarme, y luego..., ¡oh!, tanto quise apurar la copa del placer, que tras de nuevas emociones llegué al abismo del vicio.

Pasaré con rapidez por este período tan largo como borrascoso de mi vida, para llegar al suceso que quitó la venda de mis ojos y me hizo ver la luz radiante de la verdad. Como el pobre caminante que, cansado de recorrer un árido desierto, se encontrara de pronto trasladado á un país de inmensas delicias y profundos bosques, yo vi repentinamente trocada mi criminal existencia por la vida tranquila y apacible del hombre honrado, del esposo amante.

Mi familia, deseosa de crear un lazo que me sujetara, de buscarme una compañera que mis desórdenes corrigiera, concertó mi enlace con una rica heredera de mi país; yo me opuse abiertamente: no quería por nada del mundo perder mi amada libertad; mas el empeño de mis padres era formal; sus cartas, llenas de reconvenciones, de consejos, me conmovieron al fin, y el loco calavera inclinó su cabeza ante la majestad de la ancianidad. Acudí á mi país; fuí el esposo de la joven que me proponían: era bella; pero á los dos meses ya estaba cansado de una mujer que no había buscado ni deseado. El trato provinciano me aburría, aquel aire me ahogaba, el cielo me parecía de un azul triste y sombrío, y un día salí á dar un paseo, y subiendo en el tren huí de mi mujer, de mis padres, de aquella población que no me había proporcionado ni un momento de placer.

Regresé á Madrid, á mi delicia, y me entregué de nuevo con el afán de la privación á mi antigua vida. En mis *amables* amigas encontraba mil encantos que en mi buena esposa no hallaba. Pero cuando con más gusto medía las delicias de mi libre vida comparándola con la insulsa provinciana, llegó hasta mí una noticia terrible: mi mujer estaba aquí, y en mi misma fonda.

Lié mi maleta acto continuo, tomé un coche y me fuí á la estación. En el primer tren que salió partía yo de Madrid para Andalucía; tenía intención de dirigirme á Cádiz y embarcarme allí para el extranjero.

En el tránsito de Córdoba á Sevilla, un suceso inesperado vino á interrumpir mi viaje. El tren descarriló (cosa muy común ahora) cerca del pequeño pueblo de Lora del Río.

Todos los viajeros tuvimos que dirigirnos á pie á este pueblo, que dista nueve leguas de Sevilla; estaba bastante avanzada la tarde, y habíamos de esperar allí hasta el día siguiente que pasara otro tren.

Me resigné como los demás, y después de tomar alimento en la posada, vagué sin objeto fijo por aquel lindo pueblo, que ocupa un llano delicioso y posee un cielo tan radiante como el de todo ese país privilegiado, jardín hermoso de nuestra España, como toda Andalucía.

A pesar de las bellezas del pueblo me aburría en él, y me dirigí al campo; me fuí alejando insensiblemente, dominado por lo sublime de aquel paisaje encan-

tador siempre, pero más que nunca en la poética hora en que el sol se despide de nosotros y parece decirnos adiós con su pálida luz al traspasar el espacio que sirve de límite á nuestra vista.

Yo, que jamás me había fijado en los bellos espectáculos de la naturaleza, me detuve sorprendido, ansioso de contemplar tan magnífica vista, y abarqué con afán aquel hermoso cuadro.

El astro rey desaparecía por Occidente, bañando con su moribundo resplandor las limpias aguas del caudaloso Guadalquivir que á mis pies se agitaba; su movable superficie producía, herida por el sol, mil destellos diferentes, cual un mar de brillantes iluminado por vivísima luz; á mi frente se veían varios pueblos pequeños y blancos como mansiones de hadas, pueblos hermanos que parecían darse la mano con cariño; á lo lejos grandes montañas, y á mi alrededor los verdes cuadros de una tierra fértil y bien cultivada.

Tan encantadora perspectiva, vista á través de aquella luz amarillenta, tenía mucho de poético y algo de triste, de sombrío, que recuerda el ocaso de nuestra vida. El cielo tan limpio, empañado en aquel instante por las nubecillas que lo cubren siempre al desaparecer el astro del día, me recordó las manchas que empañaban mi conciencia; las nubes rojas que rodeaban al sol me parecieron terrible augurio de un sangriento fin, y yo, que nunca he sido poeta, me sentí subyugado, conmovido.

El silencio lúgubre, aterrador, que allí reinaba, tan propio para la meditación, agitó mi corazón con un inmenso latido, y al verme solo con la naturaleza, solo con Dios y mi conciencia, tuve miedo. Recordé mi vida borrascosa, mi criminal huída, y mis rodillas se doblaron; el orgullo no me detuvo, porque nadie me veía, y el pobre pigmeo, el impío calavera cayó prosternado ante la augusta majestad del Creador del mundo.

En aquella soledad en que palpitaba el espíritu de Dios, mi frente se humilló y mi alma se elevó hasta el cielo...

Mas noto que me he detenido demasiado en estos detalles; dispense usted, amiga mía; aquella tarde de meditación dejó tan profunda impresión en mi alma, tuvo tales consecuencias para mí, que me es imposible relatarlo á la ligera. En lo sucesivo procuraré ser breve.

II

Yo estaba vivamente interesada, le rogué que continuara, y prosiguió así:

Con la cabeza entre las manos medité largo rato; pensé, al sentir el torbellino de ideas que en mi mente germinaban, que Dios nos ha dado el beneficio de la inteligencia para que la empleemos en el bien, y al reparar el uso que de ella había hecho, me avergoncé.

El ruido de una piedra al caer al agua me sacó de mi abstracción. Me levanté con rapidez, temiendo, ¡miserable orgullo humano!, que alguien me hubiera observado en aquel instante de abatimiento. Paseé la vista en torno mío; á bastante distancia de donde yo estaba, y á la orilla del río que mis pies humedecía, del arrogante Guadalquivir, había una pareja encantadora, dos jóvenes bellos y elegantes. Ella era dulce como la sonrisa de un ángel, hermosa cual la dicha; su torneado brazo se enlazaba con el de su compañero, y sus ojos se fijaban en el rostro de él con amorosa ternura. El joven parecía distraído; con la cabeza caída sobre el pecho y la mirada fija en las ondas del río, se entretenía en arrojar piedrecitas y ver cómo se sepultaban en el agua después de levantar blanquecina espuma.

De aquella pareja se desprendía un dulcísimo perfume de plácida felicidad, y me fuí acercando insensiblemente.

Un poco más distante se veía una pequeña y encantadora casa de campo.

Indudablemente — pensé, — ese es el nido de estos dos tórtolos.

Olvidé al momento mis ideas de arrepentimiento, y miré con curiosidad al dichoso ídolo de aquella bella sirena.

Al fijar en él mis ojos, tuve que morder el pañuelo para ahogar un grito de sorpresa. Aquel hombre que con tan tranquilo aspecto contemplaba con pueril ale-

gría el movimiento del río, había sido durante mucho tiempo el alma de nuestras orgías, el primer taurín de nuestro círculo, el más terrible galán; desapareció de repente de nuestra sociedad, y nada volví á saber de él. Comprendí desde luego que aquella no era una mujer vulgar, que no era su amante, sino su feliz esposa, y sin saber lo que hacía me oculté detrás de ellos. ansioso de oír algo que me explicara el cambio de aquel hombre.

La joven se cansó, sin duda, de la inmovilidad de su amado, y murmuró, oprimiendo con sus delicadas manos el brazo de él y con un acento dulce y armonioso:

— «Carlos, mi amado Carlos, ¿qué tienes que tan pensativo estás? ¿Por qué no fijas en los míos tus ojos y bajas la cabeza? ¿Te cansa mi compañía?»

Él, que había levantado su expresivo rostro al oír las palabras de su esposa, exclamó con el mismo acento de cariño:

— «¡Mi dulce María! ¿Tu compañía cansarme? No, vida mía. Es que al fijar mi vista en esta mansa corriente, mi pensamiento corría al par que ella, y recordaba que cual estas tranquilas aguas levanta y agita el aire de la borrasca convirtiéndolas en devastador torrente que arrasa cuanto á su paso se opone hasta que la voluntad divina contiene la tormenta, así el ángel malo enciende nuestras pasiones, pasiones que, impulsadas por él, devastan cuanto ven y marchan sin cesar sembrando por doquier la muerte y la des-